

# CONALI INFORMA

## "La Eucaristía, fuente de comunión misionera."

**El fundamento de la comunión misionera en los ritos de comunión y de despedida de la celebración Eucarística.** Fr. Cristián Eichin, ofm

En este tiempo de la Misión Continental se nos ha invitado a vivir en la Iglesia la pastoral con esta óptica: la Comunión Misionera. El presente aporte pretende iluminar a las comunidades de qué manera, en la celebración eucarística, se expresa esta acentuación pastoral en sus ritos. Toda comunión y la misión eclesial es fruto del encuentro con Jesucristo, cuyo culmen se vive y se celebra en la Eucaristía. No hay comunión misionera si no nace de la comunión sacramental con Jesucristo y con los hermanos.

El Documento del Episcopado latinoamericano de Aparecida nos muestra varios lugares de encuentro del discípulo misionero con Jesucristo. Después de decirnos que lo encontramos en la Sagrada Escritura (nº 247), en la Liturgia (nº 250), afirma que también lo encontramos en la celebración eucarística:

251. La Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo. Con este Sacramento, Jesús nos atrae hacia sí y nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo. Hay un estrecho vínculo entre las tres dimensiones de la vocación cristiana:

creer, celebrar y vivir el misterio de Jesucristo, de tal modo que la existencia cristiana adquiera verdaderamente una forma eucarística. En cada Eucaristía, los cristianos celebran y asumen el misterio pascual, participando en él. Por tanto, los fieles deben vivir su fe en la centralidad del misterio pascual de Cristo a través de la Eucaristía, de modo que toda su vida sea cada vez más vida eucarística. La Eucaristía, fuente inagotable de la vocación cristiana, es, al mismo tiempo, fuente inextinguible del impulso misionero. Allí, el Espíritu Santo fortalece la identidad del discípulo y despierta en él la decidida voluntad de anunciar con audacia a los demás lo que ha escuchado y vivido.

La Eucaristía es, pues, un lugar "privilegiado" del encuentro con Jesucristo. En toda eucaristía celebramos el Misterio pascual de Jesucristo, y también el nuestro: morimos y resucitamos con Jesucristo a una vida nueva, a una nueva forma de relacionarnos. Y esta nueva vida es transformada por el Señor, abriéndola a él y abriéndola a los demás. En la eucaristía es donde somos convocados a la comunión misionera. No hay eucaristía sin comunión sacramental/eclesial, ni eucaristía sin envío misionero.

Esta experiencia eclesial toma carne en los mismos ritos de la celebración, entre

los cuales tenemos los ritos de comunión (de la Liturgia eucarística) y los ritos de despedida. Éstos se entienden justamente dentro de la dinámica entera de la eucaristía, a saber: ritos iniciales, Liturgia de la Palabra, Liturgia eucarística y ritos de despedida. Y específicamente en los gestos de Jesús: tomar el pan, bendecir, partir y darlo a los demás.

En este artículo queremos preguntarle a la liturgia eucarística, en los ritos de comunión y en los de despedida, qué dice sobre la Comunión Misionera. Podemos correr el riesgo de fragmentar el nexo litúrgico entre la Plegaria Eucarística y sus ritos de comunión, pero entenderemos estos últimos en su nexo con lo primero. La explicación la encontramos en la Instrucción General al Misal Romano (IGMR) y en algunas moniciones que se hacen durante la celebración. Y veremos además cómo la comunión sacramental pasa a la existencia cristiana y por tanto a la misión.

### **1. A partir de los ritos de comunión.**

Los ritos de la comunión se entienden dentro de la Liturgia Eucarística y son consecuencia de ella. Antes de estos ritos está la Plegaria Eucarística o Anáfora, en donde el sacerdote invita a todos a *elegvar los corazones en agradecimiento* por las maravillas de Dios y *unirse a Cristo* en la ofrenda del sacrificio<sup>1</sup> (cf. IGMR 78). La misma celebración nos ha llevado a elevar los corazones a Dios, reconociendo en nuestra vida que Él está presente, y sobre todo, vivimos con el Señor el mismo sacrificio: morir para dar vida. Esta plegaria eucarística culmina con el gran “Amén” de la doxología, cantado por toda la asamblea litúrgica.

Y a continuación, y en preparación a vivir el gesto de la fracción del pan y a

---

<sup>1</sup> Las palabras en itálicas las he destacado a propósito.

distribuirlo, viene el siguiente rito, descrito de esta manera:

80. Como quiera que la celebración eucarística es un banquete pascual, conviene que, según el mandato del Señor, su Cuerpo y su Sangre sean recibidos como alimento espiritual por los fieles debidamente preparados. A esto tienden la fracción y los demás ritos preparatorios, con los que se va disponiendo a los fieles para el momento de la Comunión.

Estos ritos nos ayudan a prepararnos para la comunión eucarística y, por tanto, para la comunión eclesial. Permiten unir la dimensión vertical de la celebración (la Anáfora) con la dimensión horizontal (la comunión a los hermanos).

En la eucaristía, la asamblea reza solemnemente la oración dominical. En algunos lugares esta oración es rezada por todos con las manos elevadas al cielo, en actitud de oración y petición:

81. En la Oración del Señor se pide el pan de cada día, lo cual para los cristianos implica especialmente el pan eucarístico, y se implora la purificación de los pecados, de modo que, en verdad, las cosas santas sean dadas a los santos. El sacerdote invita a orar, y todos los fieles, junto con el sacerdote, dicen la oración; solo el sacerdote añade el embolismo y todo el pueblo la concluye con la doxología. El embolismo que desarrolla la última petición de la Oración del Señor pide para toda la comunidad de los fieles, la liberación del poder del mal.

Esta oración la enseñó el Señor a sus discípulos cuando éstos le pedían que les enseñara a orar. La Liturgia la ha incluido en vista a recibir el alimento espiritual, “el pan de cada día”, pero también para recibir y ser acogido por los hermanos: “perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos...”. Y se pide que el mal no rompa la comunión con Jesús y con los demás, por eso el

sacerdote explicita esta última petición con el embolismo.

Otro gesto que explicita la comunión y progresa hacia la comunión sacramental es el gesto de la paz:

82. Sigue el rito de la paz, con el que la Iglesia implora para sí misma y para la familia humana la paz y la unidad, y los fieles se expresan la comunión eclesial y la mutua caridad, antes de comulgar con el sacramento.

Antes de participar en la comunión eucarística debemos expresar nuestra comunión con el hermano. Celebrando con el sentido del tacto, sentimos al hermano, que está a mi lado, permitiéndonos asumir que la comunión se concretiza con otros: recibo por este sentido del tacto la gracia de ver a mi hermano como un don de Dios, con quien puedo estrechar las manos para ser una sola Iglesia. Se rompe así nuestra individualidad para crear comunidad. Además este gesto *me abre al otro*. Es un gesto cristiano, porque es realizado en el nombre de Cristo. La monición del diácono o del sacerdote lo afirma: *“En Cristo, que nos ha hecho hermanos con su cruz, démonos la paz como signo de reconciliación”*; *“En el espíritu de Cristo resucitado, démonos fraternalmente la paz”*.

La Iglesia, actualizando el gesto de Jesús, parte el pan para darlo a los discípulos:

83. El sacerdote parte el pan eucarístico (...) El gesto de la fracción realizado por Cristo en la Última Cena, que en los tiempos apostólicos dio el nombre a toda la acción eucarística, significa que los fieles siendo muchos, por la Comunión de un solo Pan de vida, que es Cristo muerto y resucitado por la salvación del mundo, forman un solo cuerpo (1Co 10, 17) (...)

Es el cuerpo de Cristo que es “destrozado” para dar vida, es partido en varios trozos para que quienes lo coman formen con Él un solo cuerpo. Es

el gesto salvador de Jesús: su vida entregada para crear comunión. Mientras el sacerdote parte el pan se canta el *Cordero de Dios*.

84. (...) Después el sacerdote muestra a los fieles el Pan Eucarístico sobre la patena o sobre el cáliz y los invita al banquete de Cristo; además, juntamente con los fieles, pronuncia un acto de humildad, usando las palabras evangélicas prescritas.

Jesús presente sacramentalmente se nos muestra como el *Cordero de Dios*. El pan está partido y el vino derramado en el cáliz. Y la Iglesia a través del sacerdote llama a todos “Felices los invitados a la mesa del Señor”:

86. Mientras el sacerdote toma el Sacramento, comienza el canto de Comunión, el cual debe expresar, por la unión de las voces, la unión espiritual de quienes comulgan, manifestar el gozo del corazón y hacer más evidente el carácter “comunitario” de la procesión para recibir la Eucaristía. El canto se prolonga mientras se distribuye el Sacramento a los fieles.

Los bautizados se acercan a la mesa eucarística, en procesión, es decir como comunidad reunida que peregrina el encuentro con el Señor.

Una vez terminada la recepción de la comunión, se guarda silencio (cf. IGMR 88).

Y concluye este rito de la comunión con la oración después de la comunión.

89. Para terminar la súplica del pueblo de Dios y también para concluir todo el rito de la Comunión, el sacerdote dice la oración después de la Comunión, en la que se suplican los frutos del misterio celebrado. (...) El pueblo hace suya la oración con la aclamación: *Amén*.

Las oraciones después de la Comunión utilizan peticiones que indican el deseo

de los que han comulgado para que esta comunión se haga vida en nosotros. Por ejemplo: *“Señor, que nos hiciste compartir el mismo pan y el mismo cáliz, concédenos vivir de tal manera que, unidos en Cristo, demos fruto con alegría para la salvación del mundo.”* (V Domingo “durante el año”); *“Te pedimos, Padre, que así como la comunión que hemos recibido es signo de la unión de los creyentes en ti, también se realice la unidad de tu Iglesia.”* (XI Domingo “durante el año”), *“Saciados con el pan de la mesa celestial, te suplicamos, Padre, que este alimento de nuestra caridad nos fortalezca y nos impulse a servirte en los hermanos.”* (XXII Domingo “durante el año”); *“Dios todopoderoso, sácianos con el sacramento del Cuerpo y de la sangre de tu Hijo, para que nos transformemos en aquello que hemos recibido.”* (XXVII Domingo “durante el año”). Y después de la oración la asamblea aclama con el Amén.

## 2. Enviados a la misión.

La Liturgia de la palabra y la Liturgia de la eucaristía requieren ritos preparatorios como ritos de despedida. En éstos últimos el misterio pascual que hemos vivido con Jesús debe conectarse hacia la vida, a la cotidianidad y a la misión.

En comparación con los ritos de inicio de la eucarística, los de despedida son más cortos:

90. Al rito de conclusión pertenecen:

- a) Breves avisos, si fuere necesario.
- b) El saludo y la bendición del sacerdote, que en algunos días y ocasiones se enriquece y se expresa con la oración sobre el pueblo o con otra fórmula más solemne.
- c) La despedida del pueblo, por parte del diácono o del sacerdote, para que cada uno regrese a su bien obrar, alabando y bendiciendo a Dios.
- d) El beso del altar por parte del sacerdote y del diácono y después la inclinación profunda al altar de parte del

sacerdote, del diácono y de los demás ministros.

La despedida del pueblo, acompañada por una de las siguientes moniciones del diácono: *“Pueden ir en paz”*, o *“La alegría del Señor sea nuestra fuerza. Pueden ir en paz”*, o *“Glorifiquen al Señor con su vida. Pueden ir en paz”*, o *“En el nombre del Señor, pueden ir en paz”*, o *“Anuncien a todos la alegría del Señor resucitado. Pueden ir en paz”*, nos está invitando a regresar a nuestros quehaceres con un nuevo compromiso, viviendo en constante acción de gracias, bendiciendo a Dios en comunidad. Esa es la ritualidad de este momento que nos abre al mundo, a la sociedad. Es una invitación en plural: *“pueden ir...”*, *“Anuncien”*, por lo que es para toda la comunidad.

Y otro elemento que nos ayuda a entender esta parte es que la Eucaristía no termina con un “Amén”, sino con la aclamación *“¡Demos gracias a Dios!”*. La celebración eucarística se abre a la vida donde en ella se da gracias siempre a Dios, como en una constante Plegaria de Acción de gracias.

## 3. Puertas abiertas a la reflexión.

La mirada ritual de la misma celebración nos permite ver qué es lo que creemos al celebrar.

Una primera conclusión es reconocer que la comunión nace de la acción de gracias que la Iglesia celebra. Louis-Marie Chauvet, en un texto titulado *“L’Eucaristía: sacramento dell’apertura”*<sup>2</sup> pone en evidencia, a través de la metáfora de la apertura de las manos en la Liturgia eucarística, el movimiento pascual de la apertura. En la presentación de los dones el sacerdote presenta a Dios los dones que de Él hemos recibido y que son también

<sup>2</sup> En: CHAUVET L.-M., *L’Umanità dei sacramenti*, Edizioni Qiqajon (Comunità di Bose), 2010, pp.235-244.

trabajo del hombre. Y también señala que los gestos de la paz, de la fracción del pan y de la comunión son tres gestos de apertura: al hermano (en nombre de Cristo), romper el pan para abrirlas y alimentar a los hermanos, y abiertas a Cristo (comulgar con las manos)<sup>3</sup>. “Estas tres acciones pueden ser consideradas como constitutivas de un “conjunto” en el que cada uno se refiere al otro y encuentra su sentido en los otros dos. Y también puede considerar este conjunto (gestual) como un verdadero “lugar teológico” sobre la Eucaristía.”<sup>4</sup> Y este autor afirma que la finalidad de la eucaristía no es solo la adoración, sino la comida. No una comida que mire únicamente a la vida espiritual de cada uno, sino a la manifestación de todos en un solo cuerpo<sup>5</sup>. Y termina nuestro autor con esta idea: la celebración eucarística constituye la más bella pedagogía de la apertura y de la fe a Dios y hacia los otros. En una sociedad que valoriza el individualismo y la autosuficiencia, la eucarística nos viene a recordar que el ser humano no vive sino descentrándose.<sup>6</sup> La Comunión misionera será significativa en la medida que la Iglesia se abra a Dios y se abra a los hermanos. Por eso nuestros gestos litúrgicos de la comunión no deben ser un mero cumplimiento de normas establecidas, sino la expresión de aquello que creemos, confirmamos y asumimos para nuestra vida en Cristo.

Otra idea que sale de este recorrido celebrativo es que la Iglesia, en cuanto cuerpo místico de Cristo, nace de la Acción de gracias, en el *Sursum corda* de la plegaria eucarística, es decir, reconocer en Dios que los bienes los recibimos de Él por Cristo y no en

<sup>3</sup> Cf. *Idem.*, p. 239-240.

<sup>4</sup> Si possono considerare questi tre gesti come formanti un “insieme” in cui ciascuno rinvia a e trova senso negli altri due. Si può inoltre considerare questo insieme come un vero e proprio “luogo teologico” concernente l’eucaristia”, *Idem.*, p. 240.

<sup>5</sup> *Idem.*, p. 240.

<sup>6</sup> Cf. *Idem.*, p. 244.

nosotros mismos. Todo viene de Dios por medio de Cristo, y gracias al Espíritu Santo nos convertimos en el Cuerpo de Cristo, todo lo recibido por Él lo ofrecemos al Padre en la eucaristía. Por tanto la Comunión misionera expresará en la vida del discípulo aquello que se celebró en la liturgia.

La misión no es otra cosa que restituir a Dios lo que a él le corresponde, y no apropiarnos de nada que no nos pertenece. Un ejemplo es lo que San Francisco de Asís decía a los hermanos cuando fueran a predicar por el mundo: “*Restituyamos todos los bienes al Señor Dios Altísimo y sumo, y reconozcamos que todos son suyos, y démosle gracias por todos ellos, ya que todo bien de Él procede*” (Regla no Bulada XVII, 17).

La Comunión Misionera se entiende, desde la vida litúrgica, en primer lugar como la entrega de Jesús a sus discípulos para formar un solo cuerpo. Esta experiencia de donación se verifica en la entrega de unos a otros en el nombre de Cristo. Y la misión no es otra cosa sino la prolongación de la alabanza y de la acción de gracias celebrada en la liturgia. Es la invitación de la comunidad cristiana a compartir con otros esta misma alegría y el testimonio de ser hombres y mujeres vinculados por la caridad eucarística.

La experiencia litúrgica, sobre todo de la eucaristía, nos posibilita encontrarnos con Jesucristo e invitar a otros a encontrarse con él. He ahí la fuerza de los sacramentos.

**CONALI**  
octubre de 2011.